tos, la orgullosa confianza que en sí tenía, y el desdén con que miraba la autoridad de la Iglesia, hacíanla presentir nuevas catástrofes, sumergiéndola de nuevo en la más grande aflicción. Mónica contemplaba esta recrudescencia de las malas pasiones en el corazón de Agustín, semejante á una madre que desde la orilla del mar ve á su hijo entre las olas irritadas, y sintiendo desgarrarse las velas del buque y romperse sus amarras, cree ya presenciar el naufragio, abismándose impotente en profundísimo dolor.

Pero cuando, después de tantos extravíos, supo Mónica de improviso que Agustín había apostatado públicamente, cosa que jamás había temido; cuando las desoladas familias de Alipio, de Romaniano y de otro joven amigo, todos thagastinos, le refirieron el hecho y la tenacidad de Agustín en su herejía, ¿quién podrá describir la consternación y el dolor que de ella se apoderaron? San Agustín busca una comparación para hacerlo comprender, y después de habernos dicho bajo mil formas, que las lágrimas de su madre corrían copiosamente; que por su abundancia semejaban á los ríos, y que inundaban la tierra; no contento con estas imágenes imperfectas, y buscando otra mejor, sólo encuentra que el dolor de Mónica pueda compararse al de una madre que ha perdido su hijo único. «Mi madre,

»dice, me veía muerto ante Vos, oh Dios mío, »con los ojos de la fe, y con esa luz que Vos »habíais puesto en ella; así que vertía por mí »más lágrimas, que las derramadas por madre »alguna sobre el féretro de su hijo (1).»

Al recibir Santa Mónica tan terrible nueva, no se contentó con llorar: esto era bueno cuando Agustín sólo tenía el corazón enfermo, sin haber olvidado aún la educación, y brillando todavía la fe en su espíritu cual refulgente luz, pues entonces quedaba alguna esperanza; pero al presente, que, después de ofender á Dios con sus crímenes, había apostatado de Jesucristo y de su Santa Iglesia, no bastaba llorar y pedir la salvación de su hijo, era preciso desplegar las fuerzas todas con que Dios ha dotado á las buenas madres.

Aproximábanse las vacaciones, y Agustín debía volver á Thagaste. Santa Mónica resolvió aguardar, para cerciorarse de su apostasía; pues no podía creer que su hijo fuese capaz de tan enorme crimen, y, como todas las madres, esperaba todavía contra la esperanza misma. Pero cuando ya no fué posible hacerse ilusiones, y cuando, al volver Agustín á la casa paterna, se presentó con el orgullo del sectario; á la primera

(1) «Flebat amplius quam flent matres corporea funera.» (*Confes.*, lib. III, cap. XI.)

palabra que dejó escapar referente á su herejía, Santa Mónica, ¡oh deberes de las madres cristianas, cuán terribles sois! se irguió indignada, y hasta diré que ultrajada y herida en lo que tenía de más delicado, y más hondamente arraigado en el alma. Entonces su amor á Dios, su adhesión á la Santa Iglesia, la ternura para con el hijo extraviado, el temor de verle perdido para siempre y su horror al pecado, todo unido, la inspiró uno de los actos más heroicos de energía cristiana, que nos recuerda la historia de los Santos: Mónica arrojó á Agustín de su casa. Le declaró que no quería verle, ni en su mesa ni bajo su techo; y detestando las blasfemias de que hacía alarde, y llena de ese augusto enojo que reviste á la madre de autoridad irresistible, le ordenó que saliera de su morada, y que no volviese á aparecer en ella. A semejante intimación no era posible resistir: Agustín bajó la cabeza, y se refugió en casa de Romaniano (1).

No cabe duda que estos deberes son dolorosos, y lo son tanto que, si Dios no viniese inmediata y directamente con su auxilio, hay madres que no sobrevivirían á dolor semejante. Tal era el estado de nuestra Santa, pudiendo decirse que acababa de destrozar su corazón y entrañas con

(1) August., *Contra Acad.*, lib. II, cap. II.

un dolor inexplicable, y más profundo que todos los de la tierra. Pero Mónica, que tanto amaba al hijo, y no podía pasar sin él un solo día, luego que Agustín salió de su casa, despedido por ella misma, empieza á acordarse que era madre, y dejando correr sus lágrimas, cae de rodillas llamando á Dios en su ayuda (1).

Dios la escuchó, pues luego, acaso la noche siguiente á tan terrible día, cuando la Santa, agotadas sus fuerzas, reposaba inquieta, tuvo un sueño que le traía tranquilidad y esperanza. «Parecíale, dice San Agustín, estar en pie sobre »una regla de madera sumamente triste y aba»tida, cuando vió venir un joven radiando luz »y alegría. Al acercarse, preguntóle la causa »de sus lágrimas; pero en su aire y manera »de hablar indicaba claramente no desconocer»la, y que sólo interrogaba para darle con»suelo. Habiéndole respondido Mónica que llo»raba la pérdida de su hijo: *¡Oh!* replicó aquel »joven, *no os inquietéis así*, y señalándole con »el dedo la regla de madera sobre la cual estaba, »*mirad vuestro hijo, está á vuestro lado, y »en el mismo sitio que vos;* y en efecto, dice »Agustín, mi madre miró entonces con más aten»ción, y se apercibió de que yo estaba á su lado y

(1) *Confes.*, lib. III, cap. XI.

»en pie sobre la misma regla.—Y ¿de dónde, ex-»clama, podía venir esta consoladora luz sino de »Vos, oh Dios mío, que os dignasteis escuchar »las súplicas y gemidos de su corazón?»

Mónica, cuya alegría brillaba á través de sus lágrimas, corrió conmovida á casa de Romaniano en busca de su hijo, contándole el sueño que acababa de tener. Escuchó éste con serenidad la relación que le hacía su madre y sin ponerla en duda, conociendo su sinceridad; pero trató de interpretarla en su favor. La visión, según Agustín, debía significar que algún día Santa Mónica iría adonde él estaba. «No, no, replicó la Santa, el »joven aparecido no ha dicho: dónde él está tú »estarás, sino él estará donde estás tú (1)» y llena con esto de esperanza, y segura de que Dios la devolvería su Agustín cuando hubiese llorado bastante, acusándose humildemente de no saber orar ni inmolarse debidamente, levantó una prohibición tan dolorosa para ella como para Agustín, devolviéndole su puesto en la casa y mesa paterna.

Estos acontecimientos debieron tener lugar el año 374, durante las vacaciones de Septiembre. Poco después, Agustín, que contaba entonces

(1) «Non, inquit, non enim mihi dictum est: Ubi ille et tu: sed ubi tu et ille.» *(Confes.,* lib. III, cap. XI.)

veinte años y había terminado sus estudios, dejó definitivamente á Cartago; y en tanto que podía entrar en el Foro, hacia el cual le arrastraban sus inclinaciones y talento, volvía á fijarse en Thagaste abriendo una clase pública de Gramática (1). Mas¡ah! ¡que Agustín no volvió solo! y aun cuando Mónica le había levantado la prohibición de entrar en su casa, no pudiendo, acompañado como venía, habitar con su madre, aceptó del generoso Romaniano una de las casas que éste poseía en la ciudad; habitándola todo el tiempo que enseñó allí. Esto no obstante, Agustín estaba continuamente al lado de Santa Mónica, porque «mi madre, dice él mismo, me amaba tanto, que »no podía ni verme triste, ni pasar un solo »día sin visitarme»; y por otra parte, á pesar de sus pasiones y del influjo de la herejía, Agustín era siempre un hijo tierno, amante y respetuoso.

Entre madre é hijo no había nunca discusión, pues ambos la evitaban con cuidado: Agustín, por respeto á su madre; Mónica, porque tal había sido siempre su táctica, y respecto á su hijo, esperaba más de las oraciones que de las controversias. «En tanto que yo caía de abismo en »abismo, y me revolcaba en el fango, escribe

(1) Possidius, *Agustini vita,* cap. I.

»el Santo, esta viuda casta, piadosa y sobria, »como Vos, ¡oh Dios mío! la queríais, llena de »esperanzas, pero siempre contristada y llorosa, »no cesaba de elevar por mí sus ruegos en vues- »tra presencia. Vos los acogísteis, ¡oh Dios mío! »aun cuando no había llegado la hora de sacarme »de las tinieblas en que estaba sumergido (1).»

Pero si Mónica evitaba toda discusión con su hijo, creyendo en su humildad que no podría convencerle, y porque, tierna como era, temía herirle inútilmente; en cambio buscaba por todas partes los hombres de más autoridad y talento que pudieran influir sobre Agustín. Se hacía encontradiza, y les rogaba con ardor que discutiesen con su hijo; pudiendo decirse que les asediaba para que le hiciesen ver la verdad y belleza de la fe católica.

Un día, por ejemplo, supo Mónica la llegada á Thagaste de un venerable y sabio Obispo, cuyo nombre, por cierto, no se ha conservado, el cual tenía profundo conocimiento de la Religión cristiana y de las Santas Escrituras; reuniendo,

(1) «Cum illa vidua casta, pia et sobria, quales amas, jam quidem spe alacrior, sed fletu et gemitu non segnior, non desineret horis omnibus orationum suarum de me plangere ad te... Cum profluentes lacrymæ rigarent terram sub oculis ejus, in omni loco orationis ejus...» (*Confes.*, lib. III, cap. XI.)

además, la circunstancia de haber sido maniqueo antes que católico. Era esto hallar unido en un solo hombre cuanto podía desearse. Mónica, pues, corre en su busca muy esperanzada, y hasta persuadida de que iba á realizarse su ensueño; cuenta al venerable Prelado todos los extravíos de Agustín, y le suplica venga en su ayuda; pero este anciano Obispo, que poseía la ciencia de las almas y el discernimiento de los espíritus, mejor todavía que las demás ciencias, respondióla moviendo gravemente la cabeza, «que no había llegado aún el momento; que su hijo era demasiado novicio en la herejía, y por consecuencia demasiado indócil, efecto de la presunción y vanidad que el error le había infundido». «Dejadle, le dijo; rogad »por él mucho, que es lo único que podéis hacer», y entonces, para consolarla, pues Mónica lloraba al escuchar este consejo, le contó su propia historia. El mismo Obispo, en su infancia, fué entregado á los maniqueos por su propia madre, á quien habían seducido primero. Ya en edad madura, se había dedicado á leer y aun á copiar casi todas sus obras, y haciendo este trabajo, sin controversia ni lucha de argumentos, había visto cuán abominable era tal herejía, saliendo de ella por sí, y sin que nadie le ayudara con sus consejos. «Esto, añadió, sucederá con vuestro hijo; él, por »sí mismo, reconocerá la vanidad de la secta.»

Mas como á Santa Mónica costase trabajo el creerlo, y, deshecha en lágrimas, le apremiase para que viera y discutiese con Agustín; «idos, idos, »le dijo el Obispo, enternecido al verse tan soli»citado: es imposible que perezca el hijo de tan»tas lágrimas (1).»

Estas palabras sentenciosas hirieron en lo más vivo el corazón de Santa Mónica, pareciéndole que bajaban del cielo; y en efecto, venían de allí para su consuelo, y también para alivio é instrucción de todas las madres que habían de hallarse en parecidas circunstancias. Si ahora fuese ocasión oportuna, y nuestros lectores no tuviesen demasiado anhelo por llegar al término de la presente historia, procuraríamos manifestar en breves frases, cuánta luz, cuánto consuelo, y cuán profunda instrucción encierra esta sencilla pero bellísima sentencia: «Es imposible que perez»ca el hijo de tantas lágrimas.»

Según nuestro modo de ver, las palabras del anciano Obispo tenían dos significaciones ó sentidos. Eran ante todo uno de esos grandes pensamientos que inspira la fe, y una intuición viva de la bondad, de la ternura y del amor infinito de Dios al hombre, así como también de

(1) «Vade, fieri non potest ut filius istarum lacrymarum pereat.» (*Confes.*, lib. III, cap. XII.)

la necesidad en que se hallara aquél siempre, de inclinarse dulcemente hacia el ser que sufre, que llora y que invocándole se humilla. Quería decir, que si el hombre logra enternecer al hombre á fuerza de ruegos y de súplicas, es imposible que ruegue á Dios una madre con lágrimas cordiales y humildes, sin que Dios se conmueva. Quería decir, que si llegaban días tan tristes, en que la oración no saliese ya de los labios del hombre, hay una oración que no cesará jamás, la de la madre que llora por su hijo; y que si amaneciesen días más tristes aún, en que Dios justamente indignado, no quisiese escuchar ya las súplicas de los hombres, hay lágrimas que Dios acogerá siempre: las que vierte una madre por el alma de su hijo expuesta á perecer. Quería decir, que si Dios no escuchase tal oración, la más elevada, la más pura, la más perseverante, la más desinteresada, la que más enternece, y, me atreveré á decirlo, la más divina de todas las oraciones; si este grito, que algunas veces ha conmovido hasta las bestias más feroces, encontrase á Dios insensible, sería porque Dios no tuviese ni corazón ni entrañas.

Pero en tal caso ¿cómo sería Dios el Ser grande y bueno en quien confiamos, hasta cuando no hay ya motivo de esperanza? Por consecuencia, ¡oh madres! cuyos hijos se extravían, no

acuséis de ello al cielo, acusáos á vosotras mismas: haced penitencia, llorad por no saber llorar bastante, y estad seguras de que los hijos os serán devueltos el día en que hayáis llenado la medida de lágrimas, que exige la redención de un hijo. Ved aquí el primer sentido de esta célebre sentencia: «¡Es imposible que perezca el hijo de tantas lágrimas!»

Pero al lado de este pensamiento, acaso el más elevado, había, á nuestro juicio, otro tan profundo y no menos admirable por su belleza: intuición propia no tanto de teólogo, como de moralista, y no tanto del hombre de fe que conoce á Dios, como del hombre práctico que ha estudiado las almas. Este notable dicho, «es im»posible que perezca el hijo de tantas lágrimas» hubiera podido traducirse así: «es imposible que perezca el hijo de madre semejante!» como si el anciano Obispo, viendo á Mónica abismada en dolor tan sublime, se hubiese dicho á sí mismo: es imposible que la madre que llora de esta manera por su hijo extraviado, no le haya dado una educación muy sólida; que no le haya comunicado algo del fuego sagrado, que arde en su pecho y la consume; que una madre, en fin, que tiene fe tan inquebrantable, tan grande horror al mal, y amor de Dios tan intenso y puro, no haya embalsamado é impregnado con

estas virtudes el alma de su hijo hasta un punto donde las pasiones no descienden jamás.

Este hijo podrá extraviarse un momento, y el fuego de la juventud y la corriente del siglo lograrán tal vez arrastrarle; pero aun cuando olvidara la fe que mamara en su infancia, llegara á renegar y á apostatar del Dios de su madre, ¡ah! que esta madre no se desanime, que no pierda la esperanza, porque el fuego está oculto bajo la ceniza; la flecha está en la herida, y bajo la ardiente lava de las pasiones, quedará siempre la educación de una madre cristiana, algo de las lecciones que de ella recibiera, y cierta huella de fe que no se borra nunca; como sucede en los vasos de alabastro que han encerrado un bálsamo precioso, los cuales á través de mil profanaciones, conservan siempre exquisito aroma.

Este era el significado de tan bella y profunda sentencia, pronunciada por aquel venerable Prelado. Mónica volvió á su casa meditando en ella, y como sucede á veces, que con el último rayo de luz cesan los vientos y vuelve la serenidad á la atmósfera, así también la sola palabra del anciano, unida á la visión que había tenido en sueños, comenzó á tranquilizarla y á reanimar su espíritu.

Por lo demás, Dios añadió todavía otras señales que Agustín no ha creído oportuno darnos

á conocer: «Arras preciosas que Mónica conser-»vaba en su corazón, y especie de promesa fir-»mada por el mismo Señor, que ella le recordaba »incesantemente en sus oraciones, á fin de ace-»lerar el cumplimiento (1).»

(1) «Absit ut tu falleres eam in illis visionibus et responsis tuis quæ jam commemoravi, et quæ non commemoravi; quæ illa fideli pectore tenebat, et, semper orans, tanquam chirographa tua ingerebat tibi.» (*Confes.*, lib. V, cap. IX.)

CAPITULO VII

RESTOS DEL FUEGO SAGRADO. — LLEGADA DE FAUSTO. — EMPIEZA Á VERSE LO QUE PUEDEN LAS LÁGRIMAS DE UNA MADRE. — FIN DE LA CRISIS MANIQUEA.

Años 377 al 383.

Bastaba observar á Agustín en los peligros de su juventud y en el primer ardor de sus pasiones, para conocer cuán perfectamente había visto el anciano Obispo lo que pasaba dentro de su alma. El corazón y el espíritu se habían alejado de Dios, pero no le aborrecían; algo del fuego divino se ocultaba aún en los pliegues más secretos de su conciencia; la fe había desaparecido, pero la probidad, el honor, la elevación y la delicadeza de sentimientos, el amor á la verdad y, en medio de sus extravíos, cierto pudor, llenaban su alma, y como bálsamo impedían que la corrupción se hiciese irremediable. Eran las asas, según expresión de San Francisco de Sales, por las que Dios debía coger un día esta